

# CUADERNOS DE HISTORIA 31

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS

UNIVERSIDAD DE CHILE SEPTIEMBRE 2009: 69 - 90

---



## LAS PEQUEÑAS TRADICIONES: ANTIIMPERIALISMO Y CULTURA POPULAR EN CARTAGENA 1900-1920

*Willian Malkun Castillejo\**

**RESUMEN:** En las páginas que siguen se exploran algunos discursos, actitudes y expectativas acerca de lo que el común de la gente en Cartagena entendía y definía por *soberanía nacional*, su proceso de convergencia, durante los dos primeros decenios del siglo XX, con la amarga experiencia del imperialismo y las perspectivas desde las cuales se definían al mismo. Nuestra hipótesis central es que las actitudes antiimperialista que se organizan y articulan a partir de los sucesos de Panamá (1903) se montan sobre unas tradiciones políticas y sobre la soberanía nacional que se empezaron a construir con la independencia y luego fueron alimentadas por el contexto internacional, nacional y local del siglo XIX.

**PALABRAS CLAVE:** imperialismo, nacionalismo, soberanía nacional, cultura política, imaginario, resistencia.

### THE SMALL TRADITIONS: ANTI-IMPERIALISM AND POPULAR CULTURE IN CARTAGENA 1900-1920

*ABSTRACT: The following pages presents an exploration of some speeches, attitudes and expectations about how common people in Cartagena understood and defined national sovereignty, its process of convergence, during first decades of the XX century, with the bitter*

\* Docente Universidad de Cartagena, Colombia. Miembro del Grupo de investigación: *Fronteras, sociedad y cultura* del Programa de Historia de la Universidad de Cartagena. [wmalkunc@unicartagena.edu.co](mailto:wmalkunc@unicartagena.edu.co)

*experience of imperialism and the perspectives from which they were defined. Our central hypothesis is that the anti-imperialist attitudes which are organized and articulated from the Panama events (1903) are based on political traditions and the national sovereignty that began to be constructed with the independence and soon they were fed by the international, national and local context of the XIX century.*

*KEY WORDS: imperialism, nationalism, national sovereignty, political culture, imaginary, resistance.*

Recibido: julio 2009

Aceptado: agosto 2009

## *Introducción*

En las páginas que siguen se exploran algunos discursos, actitudes y expectativas acerca de lo que el común de la gente en Cartagena entendía y definía por *soberanía nacional*, su proceso de convergencia, durante los dos primeros decenios del siglo XX, con la amarga experiencia del imperialismo y las perspectivas desde las cuales se definían al mismo. Nuestra hipótesis central es que las actitudes antiimperialista que se organizan y articulan a partir de los sucesos de Panamá (1903) se montan sobre unas tradiciones políticas y sobre la soberanía nacional que se empezaron a construir con la independencia y luego fueron alimentadas por el contexto internacional, nacional y local del siglo XIX; cabe también decir que esta tradición política, en cualquier circunstancia de agresión externa podía fácilmente deslizarse hacia expresiones políticas de corte antiimperialista como sucedió con el caso de Panamá.

Si en el segundo quinquenio de los años 1920 las actitudes antiimperialistas tomaron los nuevos rumbos internacionales, fue gracias a los discursos socialistas; casi todo el imaginario popular antiimperialista colombiano se construyó entre este hito y la huelga de las Bananeras en 1928 y se mantuvo después de los años 1930 gracias al discurso y las acciones de la dirigencia obrera, comunista y liberal. Panamá marcó el antiimperialismo popular urbano colombiano durante casi todo el siglo XX, en sentido muy explícito: lo concibe como colonialismo, dado que se experimenta la intervención directa en el istmo y en las participaciones capitalistas de capital norteamericano. La interpretación semicolonial o neocolonial que apunta a señalar un desangre de la economía nacional por acción del capital monopolista internacional, poco modificó aquella interpretación que estaba más ligada a concebir la soberanía nacional como el derecho a la autonomía política y territorial del Estado nacional, se trataba de un antiimperialismo en la esfera de la política y del espacio territorial y en ese

sentido está ligado a la ya vieja concepción del imperialismo territorial que se mantuvo hasta finales del siglo XIX. Quizás por eso no hay resistencia frente a la presencia de capital extranjero. Anotemos de paso que solamente con el ascenso de la lucha anticolonial después de terminada la segunda guerra mundial, la revolución cubana y la revolución de capas medias urbanas y de trabajadores, fue que por los años 1960 que esta interpretación apareció en el discurso radical. Ahora bien, no olvidemos que este antiimperialismo colombiano no lograba concitar enormes movilizaciones urbanas, como sí pasó en aquellos países en los que partidos de gobierno de orientación nacionalista-populista lograron grandes consensos en torno a banderas de tintes antiimperialista.

### *El concepto de soberanía nacional*

Esta convergencia se facilitó debido a que el concepto de soberanía nacional se forjó y se definió dentro del contexto y a partir de los grandes imperios colonialistas que fueron sometidos a los particularismos culturales y territoriales. Al menos este es el modelo clásico ideal. Por tanto, en el caso americano, la definición de la soberanía nacional se hace teniendo al frente la imagen del imperio: es el derecho inalienable a la autodeterminación política y territorial del Estado Republicano.

La separación de Panamá (1903) fue el eje que articuló esas tradiciones, pues lo dramático del hecho le dio nueva dirección, más coherente, al antiimperialismo. Flotando por encima de estos factores como una etérea atmósfera, se encontraban las discusiones que se habían suscitado desde la creación de la Liga de las Naciones (XIX) en torno al derecho internacional, la soberanía y el derecho a la autodeterminación nacional, como también las recientes teorías sobre el nuevo imperialismo y el impacto de la revolución rusa (1917)<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Siguiendo a Hobsbawm intentamos aplicar el concepto de *imperialismo* en el que señala que los países capitalistas, avanzados y desarrollados dominan a los atrasados, hemos aplicado el concepto principalmente a los intentos de establecer o mantener una soberanía formal sobre otra sociedad subordinada. Y así mismo y siguiendo nuevamente a Hobsbawm y Gellner utilizamos el termino *nacionalismo* para referirnos básicamente a un principio que afirma que la unidad política nacional debería ser congruente, principio que también da a entender que el deber político de los ciudadanos para con la organización política que engloba y representa a la nación se impone a todas las demás obligaciones públicas y en casos extremos (tal como la guerra) a todas las otras obligaciones del tipo que sean. Véase a: Hobsbawm, Eric, *La era del imperio 1875-1914*,

Panamá es un hito a partir del cual se pueden rastrear los contextos que favorecieron la génesis de las actitudes antiimperialistas e interpretar lo que sucedió en los años subsiguientes, y descubrir como se convierte en un nuevo elemento de la cultura política popular. Desde ese acontecimiento se puede observar como existen ciertas tradiciones políticas y culturales que lo convirtieron en un crisol: 1) En su génesis estaba la experiencia de la independencia como un logro alcanzado en contra de un imperio, lucha de naturaleza anticolonial que dejó profundas huellas en la mentalidad colectiva. La memoria oficial de la ciudad canceló cualquier referencia que no fuera denigrante del pasado colonial, negándose a cualquier posibilidad de transformarlo en un elemento de análisis para comprender las causas del atraso material y cultural del país. Y esta situación era general en el mundo intelectual decimonónico, el que acuñó la imagen que asimilaba el pasado colonial con la época de la oscuridad. Por tanto, al estar ligado el acto fundacional del Estado Republicano a una cruenta guerra anticolonial, todo lo que tenga que ver con las relaciones estatales bilaterales va a ocupar buena parte de la atención de la opinión pública, como lo dejan ver los bondadosos espacios que dejaban la prensa oficial y comercial a noticias de esa índole.

2) Esto ayudó para que a lo largo del siglo XIX se construyeran discursos, rituales y expectativas alrededor de la soberanía nacional, concebida como el derecho a la total autonomía política y territorial del Estado Republicano en sus relaciones con otros Estados. Una experiencia político administrativa de vieja data le había otorgado una significación absoluta a ese concepto, verbigracia, la jerarquía urbana colonial marcó las culturas políticas locales, y muchos fueron los conflictos que se suscitaron en torno a fueros, privilegios, derechos y autonomías, lo que arrastraban tras de sí a los habitantes, pues de las jerarquías y autonomía urbana dependía buena parte de su prestancia social. Es de ese arraigado localismo de donde la aparición de autonomía se fortalece. La república añadiría una dimensión regionalista a la idea de la soberanía (autonomía), lo que se argüiría en muchas guerras civiles como motivo de defensa; y en muchos reclamos y representaciones de localidades y provincias en disputas.

3) En torno al sujeto de esa soberanía, el ciudadano, se organizaron discursos que demostraban la condición patriótica, entendida como la práctica de

---

Buenos Aires, Crítica, 1998; *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1991; Gellner, Ernest, *Naciones y nacionalismos*, Madrid, Alianza Editorial, 1983.

virtudes privadas y públicas que vinculan al ciudadano a la localidad y a sus asuntos públicos. Esto es importante tenerlo presente porque bajo la república, Cartagena seguía siendo el ante mundo del país, tanto para el resto de los nacionales como para los gobiernos extranjeros que en los conflictos entre sus súbditos y ciudadanos y las autoridades colombianas, lo primero que hacían era bloquear a Cartagena, como una simbólica agresión a la dignidad nacional. Aquí, motivo de orgullo colectivo la memoria viva sobre los sitios de piratas y fuerzas navales extranjeras, cualquier agresión podía movilizar esa memoria y cohesionar a toda la sociedad. Vivos se mantenían los recuerdos de los sacrificios que pagaron vanamente por evitar la restauración colonial. El sitio de Pablo Murillo en (1818), los sacrificios con que se pagó el abrazar la causa de la independencia, representaban hitos significativos en la memoria colectiva. Bastiones, murallas y fortalezas recordaban las heroicas resistencias de los habitantes de Cartagena contra piratas, filibusteros, ejércitos, flotas extranjeras y ejércitos partidistas. Durante casi un siglo parecía que Cartagena no discutía su futuro, sino su pasado.

Los habitantes de la ciudad disfrutaban y padecían de esta situación, y cuando el presente les fue agresivo hicieron del pasado independentista y de las resistencias a sitios y bloqueos militares, un elemento central de la memoria colectiva y un discurso para demandar un mayor trato por parte de las autoridades centrales. En este sentido, esta memoria colectiva ayudaba a definir actitudes y expectativas sobre la defensa de la soberanía nacional y acerca de cómo debían ser las relaciones con otras naciones.

4) Debemos también tener presente que el siglo XIX en materia de relaciones estatales bilaterales estuvo marcado por la celebración de tratados internacionales, sobre los que la opinión pública ilustrada estaban muy atentos y la opinión política también y esperaban que el gobierno tuviese altura en la defensa de los intereses nacionales. Además, esa centuria presenció el desarrollo de la crisis de viejos imperios y diversos procesos de formación e institucionalización de los Estados Nacionales, acompañados de muchas guerras. Esta situación política internacional que forma parte del ciclo histórico de ascenso de las revoluciones burguesas, gravitaba en el ambiente político nacional gracias a la labor divulgadora de la prensa.

Puede decirse que se trata de actitudes de rechazo y resistencia a un viejo imperialismo, de base territorial y de política colonialista; en este sentido, es un anticolonialismo que busca mantener intacto la autonomía política y territorial de la nación. La experiencia de la independencia y las simpatías que despertaron los intentos fallidos de los cubanos por romper con España hasta antes de 1898

así lo imponían<sup>2</sup>. Panamá marcó casi todo el siglo XX colombiano. No se trató de un bloqueo o sitio sobre los puertos de la costa que podía pasar desapercibido a muchos alejados de estos escenarios. Con la separación, el antiimperialismo aparece como un elemento más o menos constante en la cultura política popular colombiana. A partir de ese acontecimiento, se desarrollará una actitud de inconformidad frente a lo que se considera unas relaciones desiguales e injustas entre los Estados Unidos y Colombia, la que en determinada circunstancia logró expresarse públicamente. Posteriores sucesos mostrarían este hecho, como el de diciembre de 1910, convertido en motín popular en oposición a la venta de unos bienes inmuebles eclesiásticos a una compañía norteamericana, y las discusiones públicas que suscitaban las negociaciones entre esos países en torno a la indemnización por el caso del Istmo y el reconocimiento colombiano al nuevo Estado centroamericano, obras panfletarias como la de José María Vargas Vila, enorme cantidad de poesías censurando el “zarpazo”, artículos periodísticos a granel, caricaturas cada vez más recurrentes que ridiculizan el mundo estadounidense representado en la grotesca figura del Tío Sam, expresiones denigratorias para referirse a los Estados Unidos ( el chacal, el águila, el monstruo del norte). De ahí en adelante, el antiimperialismo se convirtió en un elemento que motivó la indignación popular.

Ahora bien, si por cultura política entendemos unos discursos, experiencias, tradiciones, rituales, simbologías y expectativas políticas de diversas procedencias y articulados en torno a lo que se concibe como buen gobierno<sup>3</sup>, es de suponer que en circunstancias de amenaza y agresiones externas el común de la gente se viera obligado a opinar sobre las relaciones estatales bilaterales.

<sup>2</sup> A pesar de que la lucha anticolonial fue contra los españoles, quedan pocos rastros de esa lucha anticolonial en la conciencia nacional de hoy. Para la época, eso no es una parte importante de la lucha que se forja alrededor del contrario, el hecho de que ese otro, ese contrario, se convierta en el enemigo es lo que permite una lectura del conflicto. Entonces para nosotros, ese nacionalismo, que puede ser anticolonialismo se traduce en antiimperialismo, porque aparece este nuevo elemento. Y España, por otros elementos culturales de afinidad que no tenía la otra cultura nueva anglosajona (Estados Unidos) se queda como la “Madre Patria”, por la aparición del antiimperialismo como nuevo elemento contrario. Véase la “Controversia sobre la Nación y la Identidad”, surgido entre Bolívar Natalia, Hernández Rafael, Martín Consuelo, Pagolotti Graziella, Rodríguez Pedro, Uriarte Miren, entre otros, *Revista Temas: Cultura, Ideología y Sociedad*, N° 1, La Habana, Cuba, 1995.

<sup>3</sup> Solano, Sergio Paolo, “Algunos aspectos de la cultura política liberal popular urbana en el caribe colombiano”, *El taller de la historia* n° 1, Cartagena, Universidad de Cartagena, 2009.

Un gentío se le abalanza a Barrot en 1836 cuando este desconoce la autoridad del alcalde de la ciudad; voluntarios se ofrecen en 1836 cuando una flota de barcos ingleses bloqueó el puerto de Cartagena por el caso Russell; protestas populares contra el bloqueo inglés por el caso Mackintosh e inconformidad con Bogotá porque no envió tropas<sup>4</sup>, del buen gobierno y del ciudadano se espera el sacrificio patriótico; lo único que se necesitaba para que el nacionalismo entrase en la política era que grupos de hombres y mujeres que se veían a sí mismo o eran vistos como colombianos, estuviesen dispuestos a escuchar el argumento de que sus motivos de descontento eran causados de algún modo por el tratamiento inferior de que eran objeto por parte de otras naciones<sup>5</sup>. Muy abundante fue la literatura que brotó como corolario de la pérdida del Istmo. Jorge Pombo y Julio Flores, increparon con ingeniosos versos a los responsables de la separación; decía el primero:

Los dos bandos del godismo  
Difieren en lo esencial:  
Que con igual cinismo  
Vende uno nacional-ismo  
Y otro el Istmo-nacional.

Y Flores en graciosa y amarga octava:

En los canales profundos,  
que abren los brazos humanos  
dos mares se dan las manos  
y se despiden dos mundos.  
Y hoy tristes, meditabundos,  
se despiden los hermanos  
y se abrazan los tiranos  
¡ Falsos, ladrones e inmundos!<sup>6</sup>

<sup>4</sup> Para una mayor ilustración de los anteriores casos de agresión, véase a: Lemaitre, Eduardo, *La bolsa o la vida; cuatro agresiones imperialistas contra Colombia*, Bogotá, Biblioteca Banco de Colombia, 1974; *Historia general de Cartagena*, Tomo IV, Bogotá, Banco de la República, 1983; Delgado, Camilo (Dr. Arcos), *Historia, leyendas y tradiciones de Cartagena*, Publicado en 1912.

<sup>5</sup> Hobsbawm, Eric, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, pp. cit., p. 119.

<sup>6</sup> Tomado de Carlos Villalba Bustillo, Reyes, *Panamá y las agresiones imperiales*, Cartagena, Editorial Universidad de Cartagena, 1977, p. 19.

En este escenario, la poesía hace presente la crisis del honor nacional<sup>7</sup> y recoge el sentimiento del pueblo donde el “interés público” estaba concentrado; estos sectores intelectuales emergentes moldean y fortalecen la simbología, no solo en Cartagena sino también en todo el país. La bandera se reconfigura como un símbolo patrio –aquella cuyo compositor cromático, Francisco Miranda, colgó en el bergantín Leandro en 1806 y que fue reafirmada sin cambios hasta ahora, por el congreso colombiano de 1861–, esta nueva simbología se empieza a convertir en herramienta de resistencia que genera nuevos patrones culturales y valores patrióticos<sup>8</sup>.

Jorge S. Robledo, poeta ganador del premio Violeta de Oro del concurso floral de poesía en la ciudad de Cartagena, ofrecía en su poema *La bandera colombiana* un contraste entre al bandera de la independencia y aquella posterior a la separación de Panamá; sostenía que para 1910 la bandera se encontraba: “Sangrienta, triste, abandonada, rota/imagen del dolor que simbolizas, /por encima de escombros y cenizas/aun tu prestigio milagroso flota”<sup>9</sup>.

En la guerra con el Perú, la bandera colombiana se convirtió en elemento de soberanía y de identidad nacional, por lo cual el periódico de Cartagena *El Porvenir* publica la siguiente nota con respecto a la bandera de la Pedrera; “Esa bandera es la representación del honor nacional, señores congresistas; y hay que rescatarla a fuego y sangre. Lo quiere el pueblo, oídlo bien, el pueblo, que en estos instantes esta listo para marchar”<sup>10</sup>. La separación de Panamá puso

<sup>7</sup> DE PIE. Oh Coloso del norte, eres pequeño!, // es indigna y cobarde tu tarea// Ambicioso procaz que nada sacia// sin móvil santo, y sin sublime idea!// quisieras abarcar el orbe entero, // absorber cuanto es dado en tu carrera // y ser tú el grande el invencible!// Y ser tú el dios cuyo poder imperas!... Pero no siempre alcanza en su insignia //, el villano en su curso la victoria, // que también el atleta formidable// suele caer sin merecer la gloria//. Oh Colombia! La Hermosa ¡La altanera!// De frente altiva y corazón de oro, // si es hora de caer muere luchando!//, si es hora de morir, muere sin lloro. // Autor F. C Royo, publicado, A.H.C. (en adelante A.H.C.), *El Porvenir*, 25 de diciembre de 1903 en de Cartagena.

<sup>8</sup> La identidad es un término tomado de la Psicología, es algo que existe en toda agrupación humana desde que pretende autoidentificarse así misma frente a otra, por tanto, desde el surgimiento de la humanidad aparece la identidad en el individuo y también en los grupos sociales, Ella es un término que no solo reconoce algo que existe en sí, sino cómo lo sentimos y lo asumimos colectivamente. Ver en la controversia sobre nación e identidad de la *Revista Temas; Cultura ideología y Sociedad* n°1 de La Habana, Cuba, 1995; véase además a Lechner, Norbert, “Orden y memoria”, en *Museo memoria y nación*, Bogotá, Ministerio de la Cultura, 2000; Knigh, Alan, “La identidad nacional ¿mito rasgo o molde?”, en *Museo, memoria y nación*, op. cit.

<sup>9</sup> Jorge S Robledo, Poeta ganador del Concurso Floral de Poesía en la ciudad de Cartagena, con el Premio Violeta de Oro, publicado en A.H.C., *El Penitente*, Cartagena, 9 de octubre de 1910.

<sup>10</sup> A.H.C., *El Porvenir*, Cartagena, agosto 27 de 1911.

de manifiesto durante las primeras dos décadas del siglo XX una sensibilidad nacional que se expresó de muchas maneras, entre ellas, con el rechazo a todo aquello que dibujara o simbolizara la presencia extranjera en Colombia, en especial, a los Estados Unidos. Esta sensibilidad queda evidenciada en el desprecio y ridiculización de los elementos constitutivos de la cultura norteamericana y en el fortalecimiento de unos valores culturales que apuntaban a redefinir la identidad y a construir una simbología nacional; al respecto veamos:

¿Veis ese cuadro de jóvenes que allí va? Calzado Rigal, pantalones anchos y doblados, saco muy largo, cuello muy bajo, corbata grandísima, lentes de oro y sombrero duro –parecen maniqués que se movieran a empujones cuando caminan–, los tacones truenan en los andenes, como si cayera un aerolito de lo más alto de las regiones celestes. Vienen de los Estados Unidos, donde han podido asimilarse ese vestido y la manera brusca de ser. Parece mentira que un colombiano reniegue tan a las claras de su dignidad y de su cultura latina, para venir a lucir en su patria, disfraz tan antipatriótico y canallesco<sup>11</sup>.

Es claro hasta ahora, la popularización de la resistencia, unida a un clima de libre expresión política que jugó un papel importante en la construcción de ese rechazo a lo norteamericano. Con la salida del general Reyes del poder (1909) se presentaron ciertas expresiones de libertad, donde el pueblo pudo expresar sus miedos y sentimientos sin una censura por parte del gobierno; en ese sentido, Pedro Adán Brioschi se refiere al rechazo del que él fue objeto por atentar contra el patrimonio nacional, señalando que a la salida de Reyes, “el país entró en un completo caos, donde los mismos aduladores del régimen, se desataron en insultos contra el ídolo anterior y obrando por sus propios impulsos”<sup>12</sup>.

No obstante, hay que tener presente dos elementos a la hora de observar casos de reconstrucción de memoria, símbolos y mitos nacionalistas. En el primero, la elite en respuesta a la preocupación de que el país se fragmentaba y se hundía a pedazos, sensación originada a raíz de la guerra de los mil días y por la mutilación del territorio nacional, despliegan el proyecto de reconstrucción de una simbología basado en la recuperación de una memoria patria reciente, aunque para ello se emplearan las convenciones que dominaba la historiografía europea, La imagen que se crea del héroe con sus cualidades extraordinarias debía trascender rivalidades pasajeras y en ese culto heroico se cifra un elemento

<sup>11</sup> A.H.C., *Rojo y Negro*, bajo el seudónimo de *Titánic*, Cartagena, 16 de julio de 1912.

<sup>12</sup> Brioschi, Pedro Adán, *Veinticinco años de episcopado, labores y consuelos*, Doc. oficial nº 161, Cartagena, Tipografía San Pedro Claver, 1924, p. 166.

estabilizador de dominio de las elites<sup>13</sup>, fue el tiempo de la creación de la academia de historia nacional y las regionales (1916); de la publicación masiva de ensayos apologéticos sobre héroes patrios, ve la luz pública la obra de Henao y Arrubla *Historia de Colombia* (1910); se da impulso a la construcción de parques, esculturas y monumentos para honrar a los héroes de la independencia<sup>14</sup>. El otro elemento nos lleva a considerar a un sector subordinado en ascenso con manejo de las artes y la cultura, que expresa su resistencia al imperialismo a través de la literatura, la poesía y la cultura, creando su propia reserva de imágenes y símbolos. Pero no todas las manifestaciones antiimperialistas que aparecen en la prensa provienen de estos sectores intermedios, sino que se puede dar el caso de que algún miembro de la elite transforme su identidad a través del seudónimo y aparezcan sus comentarios en periódicos, incluso de corte obrero por algún tipo de concesión.

### *Visitas diplomáticas a Colombia*

En el marco de las múltiples negociaciones diplomáticas entre Colombia y Estados Unidos por los hechos ocurridos en Panamá, el Secretario de Estado norteamericano, Elhiu Root, visita la ciudad de Cartagena después de celebrar la conferencia Panamericana en Brasil en 1906. Es necesario hacer precisión sobre la importancia que representaba la llegada de Root para la elite empresarial cartagenera; ellos veían la oportunidad de mejorar las relaciones económicas con el país del norte y sostienen: “Ojalá sea cierto esto último, y la entrevista de Mister Root con el General Reyes contribuya a resolver el asunto de Panamá, bien reconociendo a la nueva Republica, Capitulo de la historia que ya no puede borrarse, o bien, mientras ese reconocimiento se verifica, que haya un acercamiento comercial más amplio y benéfico”<sup>15</sup>. El mismo presidente Reyes insistía que el más acertado medio para llegar a un decoroso acuerdo es el de

<sup>13</sup> Colmenares, Germán, *Las convenciones contra la cultura, ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo XIX*, Bogotá, Tercer Mundo, 1997, p. 66; Ocampo, Javier, “Identidad de la realidad nacional colombiana e hispanoamericana a través de los textos de historia de la escuela en Colombia”, *Revista educación y ciencia*, Tunja, Uptc, 1985.

<sup>14</sup> En este caso, véase a Román, Raúl, “Memoria y contra memoria: el uso público de la historia en Cartagena”, *Desorden en la plaza. modernización y memoria urbana en Cartagena*, Cartagena, Instituto Distrital de Cultura, 2001.

<sup>15</sup> A.H.C., *El Porvenir*, Cartagena, 14 de julio de 1906.

estrechar lealmente, relaciones con los Estados Unidos, porque intereses de alta significación así lo sugieren<sup>16</sup>.

El 24 de septiembre de 1906, llegó a Cartagena el Secretario de Estado norteamericano, Elhiu Root, en visita de cortesía, es decir, sin ninguna misión oficial o diplomática. La prensa cartagenera cataloga la visita como amiga, que venía a poner de relieve la simpatía que tiene el gobierno de los Estados Unidos por el pueblo de Colombia, y el deseo sincero de que las viejas relaciones que ligan a las dos naciones continúen en un pie de cordialidad y sobre la base de consideración y respeto mutuo<sup>17</sup>. Muy a pesar de que en la memoria colectiva de los cartageneros estaban recientes los episodios de Panamá, la visita de Root se desarrolló en completa calma, el pueblo salió a observar el florido espectáculo organizado por la elite, no hubo ni una voz de protesta, ni antes, durante y ni después de la visita. Esta conducta pasible de los cartageneros se puede explicar por dos razones. La primera tiene que ver con los intereses particulares de la elite que veía la oportunidad de sacar una buena ventaja en las negociaciones; como se ha argüido, ellos no solo influían en el campo de la política, sino también en la mentalidad popular, pues de una u otra forma controlaban los espacios de trabajo del ciudadano común, lo que les permitía utilizar medidas coercitivas para subordinar y mantener el control. La otra, porque a esas alturas, el gobierno de Reyes se había convertido en un régimen fuerte y autoritario, que exiliaba a sus contradictores y, en el peor de los casos, los enviaba a la colonia penal de Orocué, en plena selva, como lo había hecho con algunos contradictores del clausurado congreso, literatos, juristas y militares opuestos a la dictadura. Además Reyes controlaba los medios de comunicación y mantenía un especial interés en arreglar económicamente los desacuerdos entre los dos países; al menos esa fue la causa de su salida en 1909, cuando el pueblo colombiano se enteró del tratado que pretendía aprobar, en el cual Colombia reconocía a la república de Panamá y recibía a cambio el uso gratuito del canal, más 2.500.000 dólares.

No habían transcurrido seis años desde que Root había visitado Cartagena, cuando se vislumbraba una nueva visita diplomática, la del Secretario norteamericano Knox, pero esta vez la opinión pública colombiana fue contraria a las expresadas con motivo de la visita de Root. Pedro Nel Ospina, en célebre nota enviada al gobierno norteamericano, advierte que la visita diplomática es inconveniente para el país: “su visita –ha dicho el Secretario de Estado colombiano– no puede ser nada grata para el pueblo que ofendido injustamente, no

<sup>16</sup> A.H.C., *El Porvenir*, Cartagena, 31 de julio de 1906.

<sup>17</sup> A.H.C., *El Porvenir*, Cartagena, septiembre 23 de 1906.

ha obtenido a pesar de sus exigencias una justa reparación, esta es mi personal opinión: no vaya usted”<sup>18</sup>.

Pero ¿a qué se debía este inusitado calor patriótico? ¿Acaso Root no había estado en Cartagena cuando los hechos de Panamá eran recientes? Es cierto que Pedro Nel Ospina participó en el Senado que improbo el tratado Herrán-Hay, y que su posición política en dicho Senado está presente en el informe de la mayoría<sup>19</sup>. Informe que pretendió conciliar el interés público nacional con los intereses imperiales. Así se entiende el porqué Ospina habla de una “justa reparación” por los daños sufridos por la mutilación del territorio colombiano. Esta interpretación de Ospina versa más con los intereses de la elite y del gobierno que con el real interés del Pueblo cuyo único propósito era mantener su dignidad y soberanía intacta, aun si para ello debía renunciar a la concitada reparación económica de la que se hablaba desde 1904<sup>20</sup>. Es obvio que la autoridad pública tiende a legitimar su poder argumentando de muy diversos modos que sus decisiones están al servicio del bien general y que sus mandatos implican racionalmente la traducción y el resumen de un ente que podríamos llamar “interés común”<sup>21</sup>. Un interés común mirado hacia arriba, es decir, donde se representan únicamente las necesidades de unas minorías, a pesar de que los otros individuos de la sociedad ejercen presión permanente para intentar obtener la satisfacción de sus particulares deseos y necesidades.

En ese orden de ideas, no era cierta la aseveración de Ospina; lo que realmente buscaba era apretar las relaciones colombo-norteamericanas para obligar a un pronto arreglo económico que aliviara la menguada tesorería nacional, para lo cual la misma elite cartagenera tratará por todos los medios de buscar el beneplácito de los Estados Unidos. Esos esfuerzos se ven de manifiesto en el agasajo realizado al nuevo embajador norteamericano, Mr. Thompson, en Colombia, de paso por Cartagena en 1914<sup>22</sup>. Tres meses después fue firmado el tratado Urrutia-Thompson, por medio del cual los gobiernos de Colombia y

<sup>18</sup> A.H.C., *El Penitente*, Cartagena, marzo 10 de 1912.

<sup>19</sup> Lemaitre, Eduardo, *Panamá y su separación de Colombia*, Bogotá, Editorial Pluma, 1980, pp. 346 y de la 447 a 453, donde aparece el texto completo de la comisión mayoritaria del congreso que improbo el tratado Herrán-Hay.

<sup>20</sup> Una interesante nota aparece publicada el 16 de septiembre de 1912 en *El Porvenir* de Cartagena bajo el título “El Honor de la Patria”, donde se hace alusión que aceptar cualquier suma de dinero por los sucesos de Panamá, es aceptar que se es incapaz de mantener la soberanía de la nación.

<sup>21</sup> Guillén Martínez, Fernando, *El poder político en Colombia*, Bogotá, Ed. Planeta, 1996, p. 31.

<sup>22</sup> A.H.C., *El Porvenir*, Cartagena, marzo 22 de 1914.

Estados Unidos arreglan sus divergencias provenientes de los acontecimientos políticos ocurridos en Panamá en 1903. En dicho tratado, Colombia obtuvo, por el reconocimiento de Panamá como república, preferencias aduaneras, libre tránsito por el canal y una indemnización de 25 millones de dólares.

Una vez conocida la noticia, la prensa más importante de Cartagena (*El Porvenir*) publica los pormenores del tratado bajo un sugestivo título “*Gran tratado entre la República de Colombia y los Estados Unidos de América*”, que demuestra que muchos sectores políticos, incluyendo la elite económica, se sentían satisfechos por los desenlaces de la pérdida de la soberanía sobre los territorios de Panamá. El oficio suscrito por más de un centenar de cartageneros influyentes nos lo reafirma:

La reanudación de cordiales relaciones con Estados Unidos sobre bases de decoro y de justicia, como las estipuladas, indica que al celebrarlo el gobierno ha sabido consultar no solamente los intereses públicos de la época presente, sino los grandes intereses mundiales, a los cuales estará indefectiblemente ligada la nación colombiana en lo porvenir... es deber nuestro felicitar también al país en general, porque ante las miradas de Colombia se abre amplio horizonte para el armónico desarrollo de su y bienestar progreso<sup>23</sup>.

Pero quizás el que con más acrimonia habría de combatir el tratado sería el mismo Theodore Roosevelt, quien adelantaba una campaña para que el Congreso norteamericano desaprobara el tratado. Roosevelt sostenía que el pago de veinticinco millones de dólares a Colombia no es otra cosa que el pago demorado de un chantaje, combinado con una excusa a quien lo presentó,

“si el tratado es justo, entonces nuestra presencia en Panamá es injusta, y en tal caso debemos devolver sin demora el Istmo, suspender la obra del canal... si como nación somos responsable de un robo, debemos devolver los bienes robados; pero si no somos culpables de ese robo, entonces no debemos inclinarnos ante un chantaje”<sup>24</sup>.

Roosevelt tenía razón: era el pago a un chantaje, elaborado por la elite y el gobierno colombiano y pagado por los Estados Unidos, no para resarcir los daños ocasionados por los hechos de Panamá, sino para comprar el derecho

<sup>23</sup> A.H.C., *El Porvenir* del 29 de abril de 1914, la misiva suscrita por más de un centenar de personas.

<sup>24</sup> A.H.C., *El Porvenir*, la discusión que generó el tratado en los Estados Unidos, Cartagena, 19 de agosto de 1914.

exclusivo de seguir explotando los recursos naturales nacionales por todo el siglo siguiente<sup>25</sup>.

### *Los motines contra Brioschi*

Después de la salida inesperada del general Reyes de la presidencia de la república, el país vivió un breve periodo de agitación política que el arzobispo de la arquidiócesis de Cartagena, Pedro Adán Brioschi, señala como “brotes semisalvajes de desorden y libertinaje”, producto de la libertad que respiraba la nación después del régimen fuerte y autoritario del Quinquenio y que dejó el camino expedito para las libres manifestaciones políticas tanto de la prensa como para el pueblo en general. Este candor político abrió la posibilidad de que retornase al poder el liberalismo, donde entre muchos de sus partidarios seguía latiendo un viejo rencor anticlerical<sup>26</sup>. Esta preocupación atormentaba al arzobispo Brioschi, que veía en peligro todos los bienes que gracias a sus esfuerzos pudo construir, y como él mismo afirma “a veces quitándose el pan de la boca”, como las accesorias de Santo Domingo, el palacio arzobispal, el claustro o residencia de los padres jesuitas de San Pedro Claver, el colegio de la Salle. Por eso solicitó al Concilio permiso para hacer traspaso de dichos bienes a una sociedad estadounidense con sede en San Francisco, California, denominada The American Educational Union, cuyo representante en el país era el presbítero Marco A Restrepo<sup>27</sup>. El mismo Pío X, quien había otorgado

<sup>25</sup> Para conocer mejor la historia de las explotaciones de hidrocarburos en Colombia y la costa caribe, véase a Isaza, José; Luis E. Salcedo, *Sucedió en la costa atlántica: los albores de la industria petrolera en Colombia*, Bogotá, 1974; Cabrales Martínez, Orlando, “La Cartagena oil refining co”, *Revista de los 50 años de ECOPETROL*, 2001; Ripoll, María T., “La actividad empresarial de don Diego Martínez Camargo 1890-1930”, *Cuadernos de historia económica y empresarial*, Cartagena, Banco de la República, 1999; Villegas, Jorge, *Petróleo oligarquía e imperio*, Bogotá, Ancora Editores, 1982.

<sup>26</sup> En efecto, el elemento religioso entre los habitantes de la ciudad tenía una particularidad especial que los diferenciaba de otras regiones colombianas como Antioquia, en donde, al decir de Gloria Arango, su población estuvo inmersa en una influyente mentalidad religiosa. Véase Arango, Gloria, *La mentalidad religiosa en Antioquia, prácticas y discursos*, Medellín, Universidad Nacional, 1993; y para el caso de Cartagena, véase el trabajo de grado para optar al título de Historiador de Álvarez, Jairo, *Iglesia, religión y sociedad: anticlericalismo en Cartagena, 1876-1916*, Cartagena, Universidad de Cartagena, 2003.

<sup>27</sup> Pedro Adán Brioschi, *Veinticinco años de episcopado, labores y consuelos*, op. cit., p. 170.

el traspaso, había preguntado; ¿no causará esta licencia algún disturbio? ¿no proporcionará al prelado de Cartagena algún dolor de Cabeza? La clarividencia del pontífice había previsto los acontecimientos en Cartagena. Pero el padre Brioschi, en su obsesiva preocupación, no midió los alcances de dicho traspaso, pues no se daba cuenta, ni percibía, como dice Lemaitre, que al iniciar semejante operación con una entidad norteamericana, desafiaba al mismo tiempo el sentimiento patrio, incluso, de los conservadores más clericales<sup>28</sup>.

Pues bien, apenas se habían iniciado las gestiones para correr escritura al representante de sociedad norteamericana, por valor de 20.000 dólares, cuando el rumor se regó como pólvora encendida. Se presume que el encargado de correr la voz fue el propio Notario Primero, el señor Scotchborg. La prensa reconocía a la Iglesia el derecho de propiedad sobre los terrenos y bienes a vender, pero lo que no concebía la opinión pública era la intención de Brioschi de traspasar las escrituras a una compañía yanqui, más aún, cuando muchas de las propiedades colindan con el cuartel de infantería y las murallas de San Javier, es decir, con las obras de defensa militar de la ciudad<sup>29</sup>. El rumor creció y con él, el temor, pues como dice *El Penitente*, “toda previsión patriótica veía tras aquella venta un nuevo peligro para la soberanía nacional, todo cartagenero sentía ya sobre nuestras playas la pisada sigilosa del chacal del norte”<sup>30</sup>.

La memoria popular, especialmente en una sociedad analfabeta, es extraordinariamente larga, poca duda cabe de que hay una tradición oral directa que se extiende desde la formación de la república a la pérdida de Panamá. Este fenómeno podría explicar cómo el rumor, como fuerza política, pudo articular un levantamiento popular en corto tiempo. Además, si se tiene en cuenta que el número de habitantes de Cartagena no superaba los 16.000 se puede entender la rapidez con que fluyen los comentarios en una sociedad de tradición oral<sup>31</sup>.

La jornada del día 10 de diciembre surgió espontáneamente, ya que en muy pocas horas y sin distinción social ni política, el pueblo se fue congregando en la Plaza de la Constitución, y al caer la tarde, la Plaza de la Catedral y las calles adyacentes estaban atestadas de ciudadanos. No hubo convocatoria ni

<sup>28</sup> Eduardo Lemaitre, *Historia general de Cartagena*, op. cit., p. 506.

<sup>29</sup> A.H.C., *El Porvenir*, “Los bienes de la Iglesia”, Cartagena, 11 de diciembre de 1910.

<sup>30</sup> A.H.C., *El Penitente*, Cartagena, 18 de diciembre de 1910.

<sup>31</sup> La fuente para este dato estadístico es tomada de Pretelt Burgos, Manuel, *Monografía de Cartagena*, Cartagena, Tip. El Mercurio, 1929; Lourduy, María Bernarda, *La protesta popular en Cartagena 1900-1920*. Trabajo de grado para optar el título de Historiador de la Universidad de Cartagena, 2003, tomada del Archivo General de la Nación, Fondo Ministerio de Gobierno, Miscelánea # 5, censo de 1912 sobre el Estado de Bolívar.

organización en el primer día de la protesta, y su único grado de organización lo obtuvo cuando la multitud decidió designar una comisión para que a nombre de los manifestantes interlocutara con el gobernador José María de la Vega y le expusiese las razones de la indignación popular. Para tales efectos fueron nombrados los señores Luis B. Sánchez, Domingo De Granados, Clímaco Mouthon Rivera, Marcelino Jiménez V. Recibida y atendidas por el gobernador De la Vega, la comisión se retiró, llevando al pueblo la noticia de que éste consultaría al gobierno en Bogotá por lo delicado de la situación que se presentaba. Sin embargo, el semanario político *El Liberal* afirma que en la reunión entre la comisión y el gobernador, este último trató por todos los medios de justificar la venta a los yanquis. De la Vega afirmaba “que no era la primera compra que la compañía yanqui hacía en el país, pues ya en otras diócesis había efectuado operaciones análogas; y que la de aquí era ventajosa para la ciudad, porque la compañía traería capital para mejorar los edificios o cosa por el estilo”<sup>32</sup>.

La jornada del 11 de diciembre se desarrolló con un grado más de organización, pues cartelones colocados en diferentes puntos de la ciudad invitaban al pueblo a concurrir en las horas de la tarde (4:00 PM) al Parque Bolívar, con el objeto de seguir la protesta por la venta de los bienes de la Iglesia a una compañía norteamericana. En las horas de la tarde, la comisión interlocutó con el gobernador, mostrándose éste, ahora sí, dispuesto a intervenir en el asunto que los aquejaba. Se acordó redactar un memorial que se pondría en conocimiento de los manifestante, los cuales se comprometían desde ese momento a retirarse a sus casas para dejar al gobernador el tiempo necesario para resolver el asunto. De esta forma, cuando la comisión se retiró con el objeto de llevar a conocimiento de los ciudadanos el pacto que acababa de efectuarse, la policía que rodeaba toda la manzana del arzobispado abrió fuego contra la multitud indefensa, que “no había dado motivo para tan cruel actitud”<sup>33</sup>. *El Penitente* relata los sucesos ocurridos después del tiroteo como sigue:

Después de este incidente cuyos detalles son ya bastante conocidos, quedaron unos pocos en el lugar del suceso; algunos se fueron a la plaza de San Agustín en demanda de justicia al señor gobernador por el ataque injustificado de la policía, y los más se retiraron como en vía de dispersión. Pero de pronto se oyeron gritos alarmantes de que el pueblo avanzaba por la boca del puente, armado de machetes que habían tomado en las tiendas del mercado. De los grupos de la plaza San Agustín se desprenden los más animosos y vuelan a contener a los exaltados. Allí, Simón Bossa, G. E. O’Birne y otros más cumplieron satisfactoriamente

<sup>32</sup> A.H.C., *El Liberal*, Cartagena, 17 de diciembre de 1910.

<sup>33</sup> A.H.C., *El Porvenir*, Cartagena, diciembre 13 de 1910.

su deber disuadiendo de su descabellado intento a los amotinados. Pocos pasos faltaron para que aquella turba se le hubiera enfrentado a la policía y de haberlo hecho, más habrían sido las desgracias con desventajas para el pueblo, sin dirección y no todos armados<sup>34</sup>.

Entonces no hubo dique que contuviera la indignación popular; al ver convertidas en homicidas y en defensores de ajenos intereses las armas de los guardianes del orden y de la integridad colombiana, “la multitud se armó como se arman los pueblos en las horas de inesperado peligro, con lo que se encuentra a la mano, con los machetes de venta en las tiendas del mercado, y consciente de su misión y de su soberanía –de los cuales son meros agentes los mandatarios– hizo acto de presencia para hacer respetar los fueros populares”<sup>35</sup>. El pueblo calmó sus ánimos y se retiró con la certeza de que el general Carlos Díaz –aquel quien diera la orden de abrir fuego a la multitud– había sido destituido de la policía y en su reemplazo emergía un hombre con la simpatía del pueblo, Manuel Esteban Ortiz. A las 12:00 del día 12 se encontraban congregados, en el mismo sitio donde se efectuó el ataque del día anterior, cerca de tres mil manifestantes que estallaron en júbilo cuando los señores Ramón P. de Hoyos, Secretario de gobierno y Gabriel Rodríguez D., Fiscal del tribunal, mostraron la orden del señor arzobispo para anular el registro notarial de la venta de los bienes. Pero aquí no había terminado el incidente, el pueblo quería ahora que el arzobispo abandonara la ciudad sin mayor demora, y para tal efecto se organizó otra comisión con los señores Diego Martínez C, Rafael H. Muñoz, Rafael Henríquez, Francisco Pasos y Luís Betancourt, quienes a su regreso dieron cuenta al público de que el señor arzobispo resolvía alejarse de la ciudad el 17 del presente.

Para el padre Brioschi, las jornadas del 10, 11 y del 12 de diciembre de 1910 fueron un triunfo de la secta masónica en Cartagena para estorbar la obra de un prelado, quien tenía entonces cerca de 30 años trabajando en la arquidiócesis, y que esa misma secta siempre “pérfida, ilógica y engañadora (a raíz de esas bochornosas jornadas fomentadas contra el amigo más sincero de Colombia y el verdadero protector del pueblo, para vejarlo, ultrajarlo y desterrarlo) recibía

<sup>34</sup> A.H.C., *El Penitente*, Cartagena, diciembre 18 de 1910.

<sup>35</sup> A.H.C., *El Liberal*, Cartagena, diciembre 17 de 1910. La lista de los hombres que besaron el piso en la sangrienta tarde del domingo 11 de diciembre de 1910, nos la trae *El Porvenir* del 14 de diciembre de 1910 como sigue: Alberto Lemaitre, herido sobre la cadera, su estado fue muy grave al principio; Nicolás Miranda, en una pierna; A. Guerrero, en un muslo; Gerardo León, herido debajo de la cintura; un hijo de Ascanio Trujillo, en un brazo; Hermenegildo Martínez, en una mano; Braulio Martínez, en un talón; Joaquín Cairazo, en un muslo.

con grandes agasajos a un siniestro personaje procedente de Panamá, quien había contribuido activa y eficazmente a la separación del Istmo<sup>36</sup>. Sin duda, el siniestro personaje a que se refería Brioschi era el Secretario de Estado norteamericano, Elihu Root. Una aseveración parecida aparece publicada en *El Caribe* el 23 de agosto de 1911 y que reproducimos casi en su totalidad por su elevado contenido político:

... ha sido necesario creer que por ser la víctima un prelado inerme y benévolo, por eso se le llenó de contumelias en nombre de un mentido patriotismo. Díganos si no, por qué el pueblo de Cartagena soportó en vergonzoso silencio y aun lleno de terror cervical, la horrible humillación que se le impuso, obligándolo a recibir la visita del ministro americano Root; á darle la bienvenida y á agasajarlo con espléndidos festejos? Ah! Es que detrás de Root estaban los acorazados y los ejércitos yanquis oh ignominia para un pueblo que tiene tan gloriosa historia de sacrificios! Y hemos seguido manteniendo relaciones comerciales y diplomáticas con la nación que nos ha arrebatado a Panamá. ¿Dónde está entonces la viril protesta del pueblo colombiano? ¿Dónde el acto heroico para lavar la afrenta? Por qué los que hoy afrontan desafiar las bayonetas pretorianas, no se estrellaron gloriosamente contra esas bayonetas en los días de la visita humillante de Root?<sup>37</sup>

Nos resultaría fácil identificarnos con algunos de los interrogantes planteados por el diario *El Caribe*, bajo la dirección de Carlos Céspedes, debido a que en él encontramos más elementos para afirmar que en los movimientos donde se registra algún elemento de interés público; la elite subordina el interés colectivo a su interés particular, empleando formas diversas de manipulación en la reciente memoria histórica del pueblo. Pero muy a pesar de ello, es conveniente plantearnos algunos interrogantes que seguramente nos lleven en sentido contrario.

¿Qué provecho sacaba la elite al someter a la picota pública al prelado? ¿Cómo pudo la elite organizar y manipular en corto tiempo al pueblo de Cartagena? ¿Cuáles eran los rostros que se visibilizaron en las protestas? Y ¿cuál su papel desempeñado? Hemos sostenido, sobre los datos que presenta la prensa, que el pueblo cartagenero se congregó espontáneamente y sin excitación por parte de nadie; es decir, que fue un movimiento inspirado únicamente por la noticia de la venta de los bienes de la Iglesia a una compañía norteamericana, rumor que fue ratificado al conocerse la boleta de registro número 649 por la

<sup>36</sup> Pedro Adán Brioschi, *Veinticinco años de episcopado*, op. cit., p. 173.

<sup>37</sup> A.H.C., *El Caribe*, Cartagena, agosto 23 de 1911.

cual se pagaban 100 dólares para que el arzobispo pudiese vender los predios en cuestión por un valor de 20.000 dólares. También hemos sostenido que a esas jornadas sin distinción política, económica y religiosa concurren los ciudadanos de Cartagena. Además, días antes de dichas jornadas y cuando se conmemoraba un año más de la separación de Panamá, se supo que en Barranquilla, una oleada popular había expulsado al general Vásquez Cobo –aquel que fuera Ministro de Guerra del gobierno de Marroquín responsable de la pérdida de Panamá– y que él se dirigía a la ciudad de Cartagena en busca de hospitalidad. Algunos impacientes, de esos para quienes la justicia debe ser un rayo que hiera implacable, trataron de formar una protesta para demostrarle al general todo el desagrado que su presencia les inspiraba, pero fueron contenidos por el señor gobernador del departamento<sup>38</sup>. Este incidente permite ver el resentimiento anidado por los sucesos de Panamá, más si se tiene en cuenta que se había cumplido un año más de la pérdida y que en el escenario público ese asunto aún no había concluido.

Sin duda, el espacio más importante de sociabilidad política por parte del conglomerado popular es la calle, ya que ésta –al decir de Raúl Román R.– “como sistema de referencia cultural no controlado permite que la espontaneidad y la tendencia al desorden primen en los acontecimientos diarios”<sup>39</sup>. La prensa, aunque de manera sesgada, era la encargada de sacar a la luz pública todas las discusiones y comentarios sobre temas políticos. De igual forma, las hojas sueltas y los cartelones murales estimulaban el interés de innumerables personas que se acercaban a leer sus contenidos, como a escuchar las interpretaciones que emitían los lectores; los bajos índices de alfabetismo eran compensados por la cultura oral que puso a estos sectores iletrados en capacidad de participar en los temas políticos.

Por otro lado, y retomando nuevamente el tema de discusión, es cierto que el padre Brioschi se había ganado la animadversión de muchos sectores cartageneros por su antipatía y arrogancia, ya que en el obispo anidaba una actitud totalmente antimoderna que llegaba al punto de ser marcadamente intolerante con el liberalismo y la masonería, se inclinaba hacia los políticos

<sup>38</sup> A.H.C., *El Caribe*, Cartagena, diciembre 2 de 1910.

<sup>39</sup> Román, Raúl, *Trabajadores y política: el imaginario de república aplazada a comienzos del siglo veinte 1900-1930*, trabajo de grado para optar al título de Historiador, Universidad de Cartagena, 1998. En ese sentido, véase Además a Guerra, Francois-Xavier, “Lugares formas y ritmos de la política moderna”, *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, No. 285, Caracas, 1983; Archila, Mauricio, *Cultura e identidad obrera 1910-1945*, Bogotá, CINEP, 1991; Serret, Félix, *Viajes por Colombia*, Bogotá, Banco de la República, 1995.

conservadores que denominaba los miembros del “partido del orden”<sup>40</sup>. Él mismo mostraría su carácter al manifestarle en tono insultante en el muelle de Machina momentos antes de partir a Diego Martínez: “aquellos techos que blanquean son obra mía, porque en ese pueblo desgraciado no hay quien haga nada por el bien, ahí quedan en obras ochenta mil liras de mis fondos particulares”<sup>41</sup>.

Esta animadversión hacia el arzobispo de ciertos sectores de la población en los que se incluían conservadores, no fue la causa de la explosión popular, pero sí fue motivo suficiente para agregar a las reclamaciones la salida del cura. Aunque para Brioschi “la verdadera causa de esos desmanes es el fermento antirreligioso fomentado por la propaganda masónica, decididamente combatida por él y la cual se estaba reactivando en toda la costa”<sup>42</sup>.

La masonería se estaba reactivando en Cartagena, y muchos mantenían una actitud anticlerical, en eso coincidimos con Brioschi; pero al observar los rostros que se hacen visibles en las jornadas de diciembre y contrastándolos con los listados de masones que presenta Américo Carnicelli en su libro *Historia de la Masonería en Colombia*<sup>43</sup>, observamos que son pocos los masones que hacen visible sus rostro. Aunque esto no es un hecho contundente que nos permita decir que los masones nada tuvieron que ver en dichas jornadas, se nos puede revelar la idea de que su participación fue discreta y que no pudo mostrar su rostro porque su papel fue como el del pueblo corriente, por tanto, no pudo destacarse en las jornadas como líderes que le dieran dirección y organización a la protesta.

A menudo, en la protesta no solo confluye el pueblo por un descontento común, sino también los intereses particulares de cada grupo o individuo en acción, que logran negociar durante la explosión social los aspectos más relevantes de la protesta, lo que no deja de lado la posibilidad de obtener dentro de los puntos en reclamación alguno de interés particular. En gran medida, esto podría explicar cómo al objetivo de la protesta de diciembre –frenar la venta inmobiliaria a la compañía norteamericana– se le termina colgando dos elementos nuevos: la destitución del coronel Díaz de la policía y el abandono

<sup>40</sup> Álvarez, Jairo, *Iglesia, religión y sociedad: anticlericalismo en Cartagena, 1876-1916*, op. cit.

<sup>41</sup> A.H.C., *El Porvenir*, Cartagena, diciembre 16 de 1910.

<sup>42</sup> Brioschi, Pedro Adán, *Veinticinco años de episcopado, labores y consuelos*, op. cit., p. 175.

<sup>43</sup> Carnicelli, Américo, *Historia de la masonería colombiana 1833-1940*, Tomo II, Bogotá, 1975.

de la ciudad del padre Brioschi. La misma dinámica de la protesta termina definiendo nuevos consensos y disensos en la negociación con el poder; lo que para unos es una nimiedad, para otros puede ser un elemento importante de su participación en la protesta.

Según el historiador inglés E. P. Thompson, la población sustenta su descontento en una base moralmente legítima, es decir, que los hombres y mujeres que constituían la multitud creían estar defendiendo derechos o costumbres tradicionales y, en general, que estaban apoyados por el amplio consenso de la comunidad y en ocasiones este consenso popular se veía confirmado por una cierta tolerancia por parte de las autoridades<sup>44</sup>. Su fin no es producir un cambio radical, informa al poder, pero no lo amenaza de manera inmediata, pone en escena una contestación controlada que ha renunciado a su estado salvaje, que se apoya en viejas tradiciones para impulsar sus objetivos<sup>45</sup>.

## Conclusiones

Los sucesos de Panamá ponen en la escena política y social viejos valores de identidad, que se venían alimentando con todas las vicisitudes por la que atravesó la incipiente república colombiana, expresadas a través de las manifestaciones culturales, como la literatura, constituyéndose en una reserva de imágenes, de símbolos, que le permite emplear una historia idealizada, construida y reconstruida según las necesidades, como sucedió en la conmemoración del centenario de la independencia y en las manifestaciones políticas del movimiento estudiantil de 1971.

Por otra parte, la debilidad del Estado colombiano para proteger la soberanía y los intereses nacionales no es inherente a la pérdida de Panamá, sino que ella obedece a la imposibilidad de los hombres de Estado del siglo XIX para construir una nación fuerte, debilidad que ha sido utilizada por las potencias extranjeras a todo lo extenso de nuestra vida política. Panamá marcó el cierre de un periodo –un siglo aproximadamente– de libre autodeterminación y abrió otro de

<sup>44</sup> Thompson, Edwar Palmer, *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 216.

<sup>45</sup> Balandier, George, *El poder en escenas*, Paidós, 1997, pp. 27-32; Thompson, Edwar Palmer, *Tradición revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1979; Rudé, George y Hobsbawm, Eric, *Revolución industrial y revuelta agraria, el capitán Swing*, Madrid, Ed. Siglo XXI, 1978.

subordinación, dominación y resistencias con nuevos componentes<sup>46</sup>: petróleo; en la segunda década del siglo XX, el capital imperialista norteamericano era el único que explotaba los recursos de los hidrocarburos a través de la Tropical Company, presentándose huelgas laborales en 1924, 1926 y 1927; Banano; la explotación en gran escala de la United Fruit Co. con una presencia mayoritaria en este ramo, causaría otro episodio grotesco en la historia colombiana, “la Masacre de las Bananeras” ocurrida en 1928; la diplomacia norteamericana se pasearía, con sus grandes hombres de Estado, por el territorio de Colombia para fijar pautas económicas y políticas, primero Franklin D. Roosevelt en 1934, y finalmente Bush en el 2005, así como numerosos Secretarios de Estado; la guerra fría, como herramienta política para perseguir el comunismo; la cruzada contra el terrorismo, inventada recientemente a raíz de los atentados contra las torres gemelas en New York; el afloramiento de un movimiento estudiantil antiimperialista en 1929 y que ha recorrido con muchas de sus consignas de resistencia el siglo XX.

La protesta como forma consciente de reclamación es homogénea en la medida en que el punto de presión sea consensualmente determinado o aceptado, y heterogénea, desde el punto de vista social. Es decir, desde los sectores que la conforman, grupos políticos, credos religiosos, manifestaciones culturales. Solo la dinámica de la protesta puede extrapolar y mezclar intereses. Ella (la protesta) recrea y visibiliza a los actores por el papel que representan y otorga reconocimiento y aceptación para que interlocuten y pacten con el poder a nombre de la multitud. Esta puede ser una condición importante para entender la protesta de 1910.

<sup>46</sup> Díaz Callejas, Apolinar, *Colombia-Estados Unidos: entre la autonomía y la subordinación. De la independencia a Panamá*, Bogotá, Editorial Planeta, 1997.